



ROMANCE TRAGICO

DEL CASAMIENTO

ENTRE DOS DAMAS.

L.C.
165

Refiérense los raros sucesos que ocurrieron á una señora, natural de la corte de Viena; y la varia fortuna que tuvo, habiéndose salido de su patria disfrazada de estudiante, en busca de un amante suyo.

PRIMERA PARTE.

En la corte mas suprema,
en el mas luciente alcázar
que guarnece el claro Febo
con sus tareas diarias:
en esta hermosa palestra,
que hacen flores sus campanas,
formando cuadros amenos
con diversidad de plantas,
conjunto de varias flores
que hacen tegidas guirnaldas:
en este esférico asiento,

en este non plus ó mapa,
que es la ciudad de Viena,
capital y real plaza,
donde el grande Emperador,
columna de la fé santa,
tiene su solio y asiento
con magestad soberana:
en la mencionada corte,
de sangre calificada
nació una hermosa doncella,
con la cual la mano sacra

se esmeró en dar perfecciones
 desde el cabello á la planta,
 pues parecia á la vista
 una beldad mas que humana.
 Fuese criando este hechizo
 con política crianza,
 con muchas habilidades
 de letras y lenguas varias.
 Era el imán del amor,
 la emulacion de las damas:
 diez y ocho años tenia,
 edad florida y gallarda,
 cuando de muchos Adónis
 se veía idolatrada.
 Constante se defendia,
 hasta que llegó la aljaba
 de Cupido, y le tiró
 una flecha con tal maña,
 que hiriéndole el corazón,
 fue mariposa abrasada
 del garvo y la gentileza
 y disposicion gallarda
 de un pretendiente amoroso;
 mas como el amor encarga
 la modestia en las bellezas,
 secretamente dió traza,
 pues las materias de amor
 fomentan ocultas causas.
 Fue avisado de un villete,
 que antes que rompiese el alva
 los crepúsculos del dia,
 advirtiese que le aguarda
 en el jardin, porque quiere
 decirle ciertas palabras.
 Recibido por el dicho
 el papelillo, se arma
 cual Belisario en lo fuerte,
 cual Gerineldo en la gala:
 llegó la precisa hora,
 y con diligencia marcha.

Mas le fue airada su estrella,
 pues sucedió la desgracia
 de encontrarse con la ronda,
 y pidiéndole las armas,
 la respuesta que les dió,
 fue el echar mano á su espada,
 y Pompeyo en el valor,
 Hércules en las hazañas,
 á dos les quitó la vida,
 y con grande vigilancia
 se retira cuidadoso,
 á todos haciendo cara.
 Doña Gertrudis que ve
 que su amante se tardaba,
 se hacia varios juicios,
 y con diligencias árduas
 se determinó saber
 donde su amante paraba.
 Pasado ya mucho tiempo
 se halló de paciencia falta,
 y determinó salirse
 con ánimo y arrogancia
 para buscar á su amante
 por las regiones estrañas.
 De un escritorio sacó
 cierta cantidad de plata,
 y tomando de su hermano
 el manteo y la sotana,
 de la ciudad se salió,
 de las sombras amparada.
 Anduvo diversas tierras,
 hasta que la estrella avara
 de su riguroso astro
 le concedió que parara
 el curso de sus trabajos.
 Hizo en la Grecia morada,
 y en hábitos de estudiante
 á las puertas se llegaba
 del palacio, donde habita
 el dueño de la comarca;

cuyo impensado tiempo
 cierto page paseaba
 en palacio, y le pregunta,
 qué se le ofrece ó qué manda:
 Gertrudis le respondió,
 que conveniencia buscaba
 para egercitar la pluma.
 Le mandó que se aguardara,
 y le dió parte á su amo,
 que era de la real casa
 el Secretario mayor;
 y por no hacer dilatada
 la historia, digo, quedó
 Don Cárlos en dicha casa,
 que comutando su nombre,
 por tal Cárlos se nombraba.
 Tenia el Príncipe invicto
 una hija que era Palas,
 por la hermosura y donaire,
 en su corte celebrada,
 prima de la tal señora,
 con quien Cárlos habitaba;
 y viendo como se porta
 en lo que su amo manda,
 que era esperto en todas cosas,
 le regalaron dos galas.
 Iba Cárlos, page ya,
 acompañando á su ama
 en todas cuantas visitas
 van y vienen á su casa.
 Cayó la Princesa enferma,
 fue su prima á visitarla,
 Cárlos en su compañía.
 No refiero las estrañas
 cortesías competentes,
 que hizo Cárlos á las damas.
 Hechas distintas preguntas,
 qué achaques son los que agraban
 y molestan su salud;
 así la Princesa habla:

es tristeza la que tengo,
 aunque ignorada su causa;
 yo padezco, y no sé cuál
 remedio aplique á mis ansias.
 Prima, dame tú el remedio;
 y esta respuesta le daba:
 siendo gusto de su Alteza
 el que mi page aqui haga
 algunas habilidades,
 lo hará; y á Cárlos le manda
 que alegrase á la Princesa.
 Obedeció, y que le traigan
 instrumentos ha mandado:
 trajeron guitarra y arpa,
 con que Cárlos se portó
 de manera, que la Infanta,
 si enferma se considera,
 mas enferma ya se halla
 de ver el arte y donaire,
 el brio, el garvo, la gala,
 y grandes habilidades
 que á Cárlos acompañaban;
 y con victoria le ofrecen
 repetidas alabanzas.
 Rematada la funcion,
 finalizadas las danzas,
 dió orden la hermosa niña,
 que luego á Cárlos le traigan,
 y á la demas comitiva,
 un refresco de importancia.
 Tocando el reloj las ocho,
 se retiran á su casa,
 quedándose la doliente
 herida en toda su alma.
 Viendo el padre que su hija
 se miraba tan postrada,
 mandó como poderoso,
 que una junta se ordenara
 de médicos, y entre todos
 el mas sabio adivinara

la enfermedad tan oculta.
 Haced diligencias varias:
 mas como era de amor
 no congeturaron nada.
 En estos grandes enigmas
 dieron forma y dieron traza,
 por acuerdo de un anciano,
 el que una lista se haga
 de los criados que sirven,
 y que cada dia vayan
 por su turno cada uno
 á presentarle á su ama
 un ramo de hermosas flores,
 por ver si alguno le agrada;
 y que á este tiempo su padre
 á vista de su hija amada
 asistiese, sin que ella
 nunca alcanzase á ver nada:
 y aquel de quien recibiese
 las flores de mejor gana,
 era el sugeto que quiere.
 Y dicha astucia entablada,
 empezaron á venir
 los criados de la casa,
 y no admitió de ninguno,
 antes bien los despreciaba.
 Finalizada la lista,
 no quedando ya en la casa
 criado alguno, discurren,
 que pasase la palabra
 á casa del Secretario,
 y que lo mismo se haga.
 Obedecieron gustosos,
 hasta que á Don Carlos mandan
 se adornase muy gallardo
 desde el cabello á la planta.
 Entró á ver á la Princesa,
 hizo las acostumbradas
 cortesías, y llegó
 al pie de la misma cama.

Presentóle en mano propia
 una compuesta guirnalda
 de suavísimas flores;
 y mostrándose alentada
 la dama, mirando á Carlos,
 de aquesta suerte le habla:
 Carlos, tú eres el imán,
 que me tienes presa el alma,
 por tí padezco, mi bien,
 el rigor de tantas ansias;
 yo me muero, y así tú
 como Juez de aquesta causa
 procura darme la vida,
 doliéndote de esta esclava.
 Le echó los brazos al cuello,
 y tiernamente lo abraza.
 Carlos, tímido responde:
 señora, advierte y repara
 que yo soy un hombre humilde;
 no os determineis osada.
 Parientes tiene tu padre
 que merezcan dicha tanta;
 deja esa mala pasion.
 Mas ella determinada,
 derramaba algunas perlas
 por sus megillas de grana.
 En fin Carlos se salió
 de la vista de la dama,
 la que quedó sumergida
 en el mar de su desgracia.
 El padre que atento mira
 en qué pendia la causa
 de la salud de su hija,
 mandó fuese egecutada
 la boda con dicho page;
 y claramente le habla:
 Carlos, ya que fue tu dicha
 quien te condujo á mi casa
 á cumplir la ocupacion
 de servir á mi hija amada,

y que he visto á punto fijo
que se mira enamorada
de tus prendas, es preciso
case contigo, y se hagan
con brevedad vuestras bodas,
y así dichoso te aclama.
Cuál quedaria Gertrudis,
puesta en confusiones tantas!
si se descubre, es perdida,

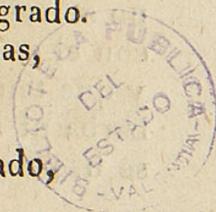
no obstante al Príncipe habla
con muy discretas razones,
pero no le sirve nada;
y á Carlos aseguraron,
temiendo no se les vaya.
Dejemos en tal estado
aquesta primera plana,
que en otra segunda parte
quedará finalizada.

SEGUNDA PARTE.

*Finalizanse los lances que ocurrieron   Doña Gertrudis, con el
mas raro caso que han visto los nacidos.*

Hechas las célebres bodas
con el fingido Don Carlos,
aquella primera noche,
cumplidos los aparatos
que la función requeria,
fueron los dos desposados
con grandísimos placeres
retirados   su cuarto.
Entró el aya de la infanta,
que es quien la habia criado
por la muerte de su madre,
  despojar   Don Carlos.
Muy propicia se llegó,
mas él le detuvo el paso,
diciendo: señora mía,
que os retireis os encargo,
dejadnos solos, señora.
Obedeció   su mandato,
y en una silla se sienta,
amargamente llorando.
La Princesa que aguardaba
dulces y tiernos alhagos

de su idolatrado amor,
le dice:   qué aguardas, Carlos,
qué no vienes   acostarte?
Qué mal suceso has logrado
en ser mi querido esposo?
Si no merezco tus brazos,
yo no tengo culpa en eso;
ea mi querido Carlos,
por qué te afliges, mi bien?
Y él respondió suspirando:
señora, advierte y repara
lo fúnebre de este caso.
Yo soy muger, como ves,
que mi riguroso astro
  este punto me ha traido:
dejó mis padres amados
por buscar un caballero
que me amaba en sumo grado.
He andado diversas tierras,
visit  reinos estraños
en hábito de estudiante;
y no habiéndole encontrado,



buscando mi conveniencia
 á este parage he llegado,
 y con trage de varon
 hasta este dia he pasado.
 Y pues su Alteza me estima,
 haga este mismo reparo,
 que si me descubre, soy
 perdida; y asi le encargo,
 busque modo que me ausente.
 La Princesa oyendo el caso,
 le dice: querida mia,
 lo que me has participado
 será muy grande misterio,
 y con sigilo y recato
 haremos vida gustosa;
 que es tanto lo que te amo,
 que teniéndote á mi vista,
 no quiero mayor descanso.
 Amaneció el dia alegre,
 y entró el aya decontado,
 preguntando á su señora,
 cómo lo habia pasado.
 Con que la hermosa Princesa
 le refirió todo el caso,
 y lo que habia dispuesto,
 haciéndole estrecho cargo
 que guardase este secreto,
 y pusiese espías varios,
 por cualquiera novedades
 que ocurriesen en palacio.
 Con el título de esposos
 hasta dos años pasaron:
 y viendo toda la corte
 y los leales vasallos
 que pasado dicho tiempo
 no se veian coronados
 con el sucesor que aguardan,
 y que tampoco á Don Carlos
 barba ni bozo apuntaba,
 se hacian discursos varios.

Determinaron un dia
 llevar al Príncipe Carlos
 á un jardin á divertirse,
 por si le agradan los ramos
 de flores, que es de mugeres
 colocarlas de contado
 en el pecho ó en el pelo,
 para dejar aclarado,
 si era varon ó era hembra:
 y el aya les ha contado
 el enigma que procuran
 ver disuelto: y avisado
 Carlos, prudente y sagaz
 ha propuesto á sus vasallos,
 dentro del mismo jardin,
 que esto no era de su agrado,
 y que mayor diversion
 seria salir al campo
 á cazar con la escopeta;
 con que confusos quedaron.
 En fin por no ser molesto,
 otros dos años pasaron,
 y al fin de ellos determinan
 hacer un convite vario,
 donde pensaban poner
 asientos altos y bajos:
 y si bajo lo elegía,
 era muger; y alcanzando
 á saber lo que disponen,
 cuenta el aya les ha dado.
 Al Príncipe lo convidan,
 y como iba ya avisado,
 tendió la vista, y ha dicho:
 aquestos asientos bajos,
 no viniendo aquí madamas,
 creo que son escusados;
 y tomando el superior
 dejó á todos admirados.
 Finalizado el convite,
 de todos acompañado,

vino á ver su amada prenda,
y el suceso le ha contado.
Conviene advertir ahora
que en su pecho colocado
trae la hermosa Gertrudis
un precioso relicario,
cuya estampa manifiesta
un peregrino retrato
de la Reina de los cielos,
de pincel muy soberano,
Virgen de la Soledad,
que era su norte y amparo.
En fin para cerciorarse,
y determinar el caso
en lo que apurar querian,
determinaron que á un baño
fuese, con que era preciso
que quedase declarado
el dificultoso enigma.
Aqui fueron los quebrantos,
y las penas duplicadas,
como copiosos los llantos
que hacian los dos amantes
viendo que era ya llegado
el plazo de sus desdichas
con la ausencia de Don Cárlos.
A la sagrada María
le ofrecen un novenario
si en su afliccion les consuela.
Llegó el dia señalado
en que habia de cumplirse
la funcion de dicho baño.
O qué dolor causaria,
qué afliccion y sobresalto,
qué lágrimas tan amargas,
qué tiernas ansias y alhagos,
qué sollosos y suspiros!
Qué dulces tiernos abrazos,
qué cariños, qué coloquios
entre los dos no pasaron!

La Princesa dió á su amante,
en una bolsa encerrados,
diamantes de gran valor,
para vivir con descanso
lo que le queda de vida,
y que nunca se halle escaso.
Llegada que fue la hora
en que lo llevan al baño,
la Princesa á su oratorio
se retiró con cuidado
á suplicar á la Virgen
librase de riesgo tanto
á aquella pobre infeliz.
Llegáronse los criados
á quererlo desnudar;
y mostrándose él airado,
ha jurado por su vida,
que el que fuese tan osado
que llegase á su ropage
seria de él castigado;
que iba á cierta diligencia
por un perentorio caso,
y que nadie le siguiera
que seria breve el plazo
en que él al baño volviese.
Salióse determinado
aquel fingido varon,
por el monte atravesando,
temeroso de la muerte
á la Virgen implorando.
Los criados que advirtieron
haberse ausentado Cárlos,
creyeron que cierto era
lo que se habian pensado.
Pero Dios compadecido
de su riesgo y su quebranto,
quiso remediar su pena
con un portento muy raro.
Y fue, que cruzando un monte,
á distancia de cien pasos,

ha divisado Gertrudis
 un Unicornio, que osado
 hácia ella se venia,
 y confusa en este caso,
 por querer buscar refugio
 se arrima á un próximo árbol.
 Llegó el feroz animal,
 de un golpe la ha derribado:
 cayó de espaldas Gertrudis,
 y en su vientre le ha formado
 una muy perfecta cruz,
 y del monte se ha ausentado.
 Vuelta en sí, se levantó,
 y admirada del fracaso,
 se repara y reconoce
 que en varon se ha transformado.
 Fuera de sí de alegría,
 con firme y ligero paso
 hácia el baño se volvió,
 donde la están aguardando,
 repitiendo en altas voces:
 prosigamos en el baño.
 Y llegando, se despoja,
 quedando maravillados,
 como libres de la duda
 que de él habian formado.
 Pasadas hasta ocho horas,
 se retiran á palacio:
 la Princesa cuando vido
 que venia tambien Cárlos,
 hacia varias preguntas,
 se hacia discursos varios.

No obstante muy cuidadosa
 por salir de aqueste encanto,
 á Cárlos aparte llama,
 y contándole él el caso
 del Unicornio, le rinden
 al Señor muchos aplausos,
 dan debidas alabanzas,
 en altas voces cantando
 sus grandes misericordias,
 y sus juicios tan altos.
 Entraron con gran sigilo
 los tres que saben el caso,
 en consulta, y dispusieron
 que de secreto Don Cárlos
 casara con la Princesa,
 y en breve fue egecutado.
 Pasados algunos meses
 el cielo les ha dotado
 en darles un sucesor
 para su gusto y descanso.
 Asi quedaron contentos
 y gustosos los vasallos,
 aseguradas sus dichas
 para los futuros años.
 Esto no es fábula, amigos,
 segun lo atestigua el caso
 de esta celebrada historia,
 que en el libro intitulado
 Luchas de amor y de ingenio,
 alli está especificado.
 Y Pedro Navarro pide
 peidon de lo que haya errado.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 48,
 donde se hallará con otros diferentes.*